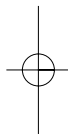
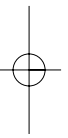




KILGANNON
Kathleen Givens





Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Kilgannon
Traducción: Alicia Azcue de Bartrons

- © 1999 Kathleen Givens. Reservados todos los derechos
- © 2007 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2007 por la traducción Alicia Azcue de Bartrons. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Julio 2007

ISBN: 978-84-96692-54-1

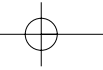
Depósito Legal: M-29364-2007

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

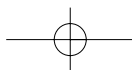
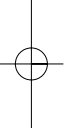
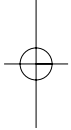


*Para mi esposo, Russ,
quien me enseñó a vivir y a amar.*

*Para mis hijas, Kerry y Patty,
quienes me enseñaron la felicidad de ser madre
y me mantuvieron joven.*

*Para mi madre, Violet Rose,
quien me enseñó a conocer y a amar
nuestra herencia.*

*Y a la memoria de mi padre,
quien me enseñó a planificar mi obra,
y a obrar según lo planificado.*



RECONOCIMIENTOS

Ninguna novela se publica sin ayuda y para ésta, he recibido una ayuda considerable. Quiero agradecer a Maureen Walters y Maria Angelico de Curtis Brown Lda. por su constante entusiasmo, bondad y estímulo; a Maggie Crawford de Dell, quien compartió mi visión y me ayudó a darle forma; a Russ, por ser la clase de hombre sobre el que una mujer desea escribir y por su comprensión de la mente masculina; a Kerry y Patty, por leer cada palabra, por reír y llorar en el momento adecuado y no reprochar cuando su madre se sumergía en el siglo XVIII; a mi madre, Violet, por todas las historias familiares y su inquebrantable confianza en mí; a Peggy Gregerson, por leer amablemente cada borrador y alentarme a seguir escribiendo; a mi hermano Rich y a toda su familia por su optimismo; a mi hermana Nicole, por su rápida edición; a Jorgene Fairbanks, Mary Lewis y Rick Capaldi, el grupo de almuerzo; a los escritores de Go Ask Alice, por su estímulo y confianza; y a los innumerables historiadores, bibliotecarios y personal del museo que me guiaron al pasado de Mary y Alex. Cualquier inexactitud es sólo responsabilidad mía.

PRIMERA PARTE

NO PODEMOS HACERLO AHORA, MARY

Oh, mi amor es una rosa roja
Que en junio florece nuevamente
Oh, mi amor es una melodía
Que es entonada muy dulcemente.

Y así eres tú, mi dulce amada,
Y tan locamente estoy enamorado
Y, adorada, amándote seguiría
Aunque los mares se hayan secado.

Aunque los mares se hayan secado,
Y las rocas al sol fundido,
Te seguiré amando, amada mía,
En tanto siga estando vivo.

Y me despido de ti, mi único amor,
Y por un tiempo de ti me despido
Y regresaré a ti, querida mía,
Aunque esté a mil millas de camino.

«Mi amor es como una rosa roja», de Robert Burns

Capítulo 1

Junio de 1712

Bostecé por cuarta vez y provoqué que la modista me mirara.

—Señorita Lowell —dijo con aspereza—. Debe permanecer erguida y prestar más atención. Su tía desea que el vestido esté listo mañana por la noche para la fiesta de la duquesa, y no podré terminarlo si se queda dormida.

Se levantó de la altura del bajo del vestido en el que había estado afanándose y me observó con sus ojos azules entrecerrados y el cuerpo tieso con las manos entrelazadas adelante.

—Lo siento, señorita Benton —contesté—, lo siento de veras, pero mi armario está lleno de sus hermosos vestidos y no puedo evitar pensar que otro más no cambiará nada —su expresión no cambió, y suspiré—. Le prometo que me quedaré inmóvil para que pueda terminar esta misma tarde.

Un tanto apaciguada, asintió:

—Esta tonalidad de azul, en especial, le sienta de maravilla, señorita Lowell. Además, hace juego con sus ojos, y el rosa combina con el rubor de sus mejillas.

—Usted dijo que era el último, señorita Benton.

Intenté ocultar el tono de desesperación en mi voz al ver el bellissimo día de verano a través de la ventana. El único día hermoso que habíamos tenido en semanas, y yo estaba en la sala probándome otro vestido.

KATHLEEN GIVENS

—No le niego que tiene muchos vestidos, señorita Lowell —concedió la señorita Benton, concentrada nuevamente en su trabajo—, pero los nuevos son todos negros y usted ya no guarda luto por su madre. Su tía me ha pedido que la ayude a prepararse para las últimas fiestas. Estamos casi al final de la temporada.

Asentí. «Y ya era hora», pensé. En mi primera visita a Londres, la temporada me había fascinado: disfrutaba de las fiestas y del flirteo, y de las eternas veladas de sociedad. Me había convertido en una experta en discusiones sobre política y sobre cuestiones amorosas. Pero cuando mi madre enfermó y se retiró a nuestro hogar en Warwickshire, tuve tiempo suficiente para reflexionar sobre la banalidad de Londres. Había descubierto que no lo echaba tanto de menos. Desde su muerte había estado viajando con la tía Louisa por Europa —exceptuando Francia, por supuesto, que estaba en guerra con Inglaterra—. Habíamos regresado para Navidad, a tiempo para el momento más animado de la temporada.

Estábamos a principios de junio y la mayor parte de la sociedad londinense pronto empezaría a dejar la ciudad para dirigirse a sus residencias de campo a visitar amigos y familiares. Me di la vuelta a indicación de la señorita Benton, y suspiré. Mi tía le pagaba por estos vestidos con la esperanza de conseguirme un brillante matrimonio, ya que no tenía medios propios, más allá de la pequeña renta sobre las tierras que ahora eran propiedad de mi hermano. Por eso, no podía dar indicaciones a la mujer que Louisa había contratado. Pero era tan aburrido... Más aún, reflexioné, la época en que era dueña de mi tiempo había terminado. La enfermedad y la muerte de mi madre sólo habían pospuesto lo inevitable. Debía casarme. Aunque el novio no había sido elegido aún, mis deseos personales no serían tomados en cuenta, y por ahora, Robert Campbell era el candidato principal. Las libertades de las que había gozado durante la época de mi educación habían terminado tiempo atrás. Incluso en mi hogar en Mountgarden, ya

no podía hacer las cosas que antes solía hacer. Sonreí al pensar en la reacción que provocaría el que me quitase los zapatos para juntar parvas de heno como acostumbraba a hacer de niña. Cómo echaba de menos a mis padres. Mi padre, a diferencia de la mayoría de los hombres, consideraba que la educación era algo importante para una niña. «Educar a la mujer es educar a la familia» era uno de sus dichos preferidos y había actuado en consecuencia; pero últimamente, no había tenido necesidad de mis conocimientos de latín ni de francés, como tampoco de mi habilidad para las sumas. Recientemente, mi hermano se había casado con Betty Southhall y llevaba las cuentas de Mountgarden —con impericia, a decir verdad—, pero la propiedad era suya y por lo tanto, era su responsabilidad. Lo visitaba con menos frecuencia, y cuando lo hacía, arreglaba las cuentas con la venia de Will, encantada de complacer su ruego.

La señorita Benton me pidió que me mantuviese erguída y así lo hice, preguntándome si me atrevería a enviar un mensajero a la librería en busca de un libro. Quizás si pudiese leer mientras ella trabajaba, sobreviviría al tedio de esa tarde. Levanté la cabeza para complacerla y miré fijamente mi imagen en el espejo. Fruncí el ceño. Bien vestida podría resultar elegante, pero nunca tendría la belleza de mi tía ni de mi cuñada, ambas menudas y delicadas; Louisa con oscuros rizos y Betty con el cabello de un rubio típicamente sajón. Yo no era ni menuda ni delicada, ni siquiera hermosa, a pesar de los amables comentarios de Louisa. Sabía que necesitaba ese vestido porque, sin el atuendo apropiado, nunca podría conseguir esposo. Pero detestaba el proceso.

—¿Sabe qué he hecho hoy, señorita Benton?

—No, señorita Lowell —murmuró con la boca llena de alfileres.

—Me vestí para desayunar, después me cambié de ropa para acompañar a mi tía a la casa de la duquesa a fin de organizar los preparativos para la fiesta. Después regresé a

KATHLEEN GIVENS

casa y me cambié nuevamente para almorzar con mi hermano Will y su esposa, Betty. Ahora me he cambiado nuevamente para que usted pueda terminar estos vestidos. Y deberé hacerlo una vez más para ir a cenar a Mayfair.

—Un día encantador, señorita Lowell.

—¿Usted no cree que podría hacer algo más que cambiarme de ropa?

La modista no contestó y me di la vuelta según su indicación. Una mujer que se gana la vida vistiendo gente difícilmente sentiría lástima por alguien que se aflige por cambiarse de ropa durante todo el día, me dije, y miré de nuevo por la ventana, tomando la decisión de colaborar para que pudiese terminar su trabajo. Mi mente vagaba mientras intentaba mantenerme erguida. Robert volvería pronto y el chismorreo empezaría de nuevo. Toda la sociedad de Londres suponía que era inminente el anuncio de mi boda. «Podría retrasarse», pensé sobresaltada por mi deslealtad. No era que no deseara verlo: sentía cariño por Robert Campbell, pero no tenía prisa por casarme con él, con nadie en realidad, y él parecía compartir mi opinión. En los últimos años, nos habíamos acostumbrado a nuestra mutua compañía y Londres se había acostumbrado a vernos juntos. Louisa, la hermana de mi madre, estaba complacida ya que consideraba que un casamiento con un miembro de la familia Campbell sería conveniente para mí. Creía que estaba en edad de casarme y que Robert era un buen partido, pero que yo no me esforzaba lo suficiente para atraparlo ya que, a pesar de estar siempre juntos, no existía compromiso ni declaración de amor de ninguna de las partes. Robert estaba en Francia con su primo John, el duque de Argyll. Si bien ignoraba qué estaba haciendo exactamente, sabía que era algo relacionado con la guerra aunque no había estado en el frente últimamente. Cuando le pregunté sobre sus obligaciones, me dijo que no quería aburrirme con ello, ya que si supiese lo que hacía, me confundiría o me preocuparía. El esposo de Louisa, mi tío Randolph, quien estaba en Francia

como muchos otros hombres, no había emitido opinión al respecto y yo estaba contenta de prolongar la situación, aunque sabía que tendría que decidirme cuando la guerra terminase. Hasta ese momento, Louisa y su amiga la duquesa continuarían buscándome un esposo apropiado, y yo intentando resistirme. Sabía que Robert era un buen hombre pero yo quería... bueno, quería algo más. Miré por la ventana e intenté no desanimarme. Fui recompensada por mi buena conducta con el anuncio de la llegada de Rebecca Washburton, quien apareció en el umbral poco después. Becca era mi mejor amiga, nos conocíamos desde niñas, al igual que nuestras madres y la tía Louisa; no podía recordar ningún momento en que no hubiésemos sido como hermanas. Incluso nos parecíamos físicamente, ambas con cabello oscuro y ojos azules; aunque yo era mucho más alta, con frecuencia nos confundían. Sin embargo, también eso cambiaría en poco tiempo. En noviembre, Becca se casaría con Lawrence Pearson, un primo de los Bartletts de Mayfair, y se mudaría a su casa en Carolina. La echaría de menos terriblemente.

—Señorita Benton —Becca la saludó con una inclinación de cabeza—. Y mi querida Mary —la señorita Benton se apartó y permaneció muy erguida mientras nos abrazábamos. Becca se separó con una sonrisa—. Por favor, continúe, señorita Benton. Permaneceré sentada y conversaremos mientras usted termina —la señorita Benton continuó con su tarea y busqué los alegres ojos de Becca detrás de la cabeza inclinada de la modista—. El vestido te sienta maravillosamente bien, Mary —dijo Becca—. Eres lo suficientemente alta como para usar miriñaque y no verte ridícula.

—Me complace que le agrade, señorita —contestó la señorita Benton.

«Debo ser invisible», pensé y Rebecca sonrió. Ella sabía perfectamente cómo detestaba estas sesiones de prueba y aun así, me provocaba contándome su largo paseo con Lawrence. Le hice una mueca.

KATHLEEN GIVENS

—Mi querida Mary —dijo jovialmente mientras se sentaba en una de las sillas junto a la ventana—, debes estar vestida apropiadamente para que la duquesa pueda encontrarte un buen esposo —le echó una rápida mirada a la señorita Benton y continuó con el mismo tono—. Lord Campbell volverá en cualquier momento —le dispensé a mi amiga una mirada furiosa ya que sabía perfectamente que no podía contestarle con libertad en presencia de la señorita Benton, pues todo lo que dijese sería repetido a quien lo quisiese escuchar, y en Londres había muchos deseosos de hacerlo. Además, ella sabía que Robert no era mi tema favorito de conversación—. Es una pena —continuó, sonriendo ampliamente— que Robert no pueda asistir a la fiesta de la duquesa, pero quizás haya vuelto para la fiesta que dará tu tía o para la que dará lady Wilmington, en la semana siguiente.

—Así es —la miré con ojos furibundos por encima de la cabeza de la señorita Benton.

Becca no se amedrentó.

—En realidad —dijo mirando por la ventana— he venido con mi madre para disculparnos con Louisa por no poder asistir a su fiesta, ya que iremos a la casa de los Lawrence en Bath.

—Becca —grité—. ¿No puedes posponer tu viaje tan sólo un día o dos? ¿Cómo podré soportar toda la noche sin ti?

La señorita Benton levantó la cabeza antes de que Becca pudiese contestar.

—¿Su madre está aquí con la condesa Randolph, señorita Washburton? —se puso de pie mientras clavaba con firmeza los alfileres en la almohadilla que tenía en la cintura.

—Están en la sala, señorita Benton —dijo Rebecca—. ¿Desea hablar con ella?

La señorita Benton asintió:

—Debo hablar con ella sobre su vestido de novia puesto que si usted va a estar ausente la semana próxima, tendremos que hacerlo en otro momento —se despidió precipitada-

mente mientras se encaminaba hacia la puerta—. Si me disculpa, señorita Lowell, regresaré en unos minutos —asentí y le dispensé esa mirada que Rebecca llamaba «de realeza», pero la señorita Benton ya había atravesado la puerta y me dirigí hacia mi amiga.

—¡Eres terrible! —le dije levantándome el vestido para acercarme a zancadas hasta ella—. ¿Por qué mencionaste a Robert? ¿Has visto su reacción? Interrumpió su labor para escuchar lo que decíamos. ¡Repetirá cada palabra!

Rebecca rió:

—Actúas como si no supieses que está siempre escuchando todo. Deja que tengan algo de que hablar.

—¿Por qué no dejar que hablen de ti? —me senté enfadada en una silla.

—Ya no soy noticia —dijo y arqueó las cejas—. Comprometida y con fecha de casamiento anunciada. La única cosa interesante que podrían decir sobre mí antes de mi boda sería que Lawrence fue encontrado en compañía de una horrible mujer o que yo empezase a ganar peso repentinamente.

—Es fácil para ti decirlo —contesté—. Estás sometida a menos vigilancia. En cambio, a mí me controlan a cada minuto. Realmente, Becca, te envidio. Cuando estés casada podrás disfrutar de mucha más libertad de la que nosotras si quiera conocemos.

Era verdad. Me observaban en todo momento exigiéndome corrección y propiedad. Si Robert estuviese conmigo, seríamos vigilados por un pariente o mi sirvienta, y deberíamos dejar la puerta de la habitación siempre entreabierta. A menudo me había preguntado qué podría hacer mi sirvienta en realidad para evitar que Robert se comportase de manera impropia. De hecho, Robert jamás se comportaría de manera impropia.

—Pobre Mary —se burló Rebecca—, la vida es tan difícil...

—Tú no tienes que cenar con los Bartletts de Mayfair esta noche.

KATHLEEN GIVENS

—Lo hicimos anoche, y sobrevivimos.

—Déjame adivinar. Discutieron sobre política.

Rebeca asintió.

—Sobre la reina Ana, el rey Luis, y sobre la guerra con Francia, y también sobre el rey Felipe, e intentaron dilucidar de qué lado se pondría España la próxima vez. Lawrence estaba embelesado.

Sacudí la cabeza.

—Me aburre tanto todo eso. Eternas discusiones sobre los mismos temas. Y no te olvides del chismorreo. Si en la fiesta Lord tal habló con Lady tal, o si la señorita tal aceptó un sorbo de ponche del señor tal. Estos temas suelen ocupar horas de conversación.

Becca rió.

—Sobrevivirás, y mañana irás a la fiesta de la duquesa.

—Cuyos preparativos nos llevarán todo el día. Y a la semana siguiente, estaremos abocadas a la organización de la fiesta de Louisa —hice una mueca—. Al menos Will y Betty estarán todavía en Londres.

—¿Cuánto tiempo se quedarán?

—Dos semanas, después volverán a Mountgarden. Quizás me vaya con ellos —dije con una súbita añoranza por mi hogar natal—. Pero no es lo mismo sin mis padres. No sé qué haré.

—Ve con ellos. Ya sabes cómo disfruta Will de tu compañía.

Asentí.

—Y yo también. Pero Becca, ahora no es mi casa. No tengo hogar propio. Si bien puedo vivir con Louisa o con Will y Betty, ningún lugar es verdaderamente mío.

Rebecca me palmeó la mano.

—Lo sé —dijo poniéndose repentinamente seria.

Me encogí de hombros y sonreí a mi amiga.

—¿Qué haré sin ti para escuchar mis cuitas? Soy una desagradecida por pensar así ya que Will me ha ofrecido su casa para que viva con él para siempre, al igual que Louisa. Debería ser más agradecida.

Pero en ese momento no me sentía precisamente agradecida. Una nube había cubierto el sol: sin duda, llovería al día siguiente. Y me cambiaría cuatro veces antes de cenar.

Pude sobrevivir a la cena de los Bartlett y me entretuve contando el número de historias escandalosas que narró mordazmente Edmund Bartlett. Doce, según pude contabilizar al final de la noche —a no ser que me hubiese olvidado de alguna—. Cuando subí al coche, pude sonreír sinceramente tanto a mi tía como a Will y a Betty. La velada había concluido.

En la noche siguiente, la concurrida fiesta en la residencia de la duquesa fue todo un éxito; en realidad, me resultó más divertida de lo que esperaba. El duque y la duquesa de Fenster, íntimos amigos de mi tía, me recibieron cálidamente y me prodigaron cumplidos por mi vestido azul nuevo, y reí y bromeé con ellos. Lawrence fue lo bastante complaciente como para permitir que Becca y yo tuviésemos tiempo suficiente para conversar con nuestras amigas, Janice y Meg. Incluso mi cuñada Betty estaba de buen humor, dado que había recibido varios cumplidos de distintos hombres; en consecuencia, también Will había disfrutado de la velada. La fiesta terminó antes de lo esperado. Y si hubiese podido encontrar al apuesto caballero, quien según Becca me había observado durante horas, habría sido completa. Pero a pesar de haberlo buscado en todas las habitaciones, no pudimos encontrarlo, y me burlé de Becca acusándola de haber inventado a aquel hombre misterioso. La única nube que empañó la noche fueron los malos modales de los pocos liberales invitados. Los Barrington eran influyentes conservadores, cuyo partido dominaba en ese momento el Parlamento y contaba con el respaldo de la reina Ana. Se los consideraba bastante tolerantes por tener invitados de la oposición, actitud que muchos de los conservadores compartían en esos días. Ambos partidos políticos estaban en sus inicios: los conservadores generalmente apoyaban a la Iglesia anglicana y eran considerados insulares

KATHLEEN GIVENS

por los liberales quienes, por su parte, brindaban su apoyo a los disidentes y propendían la participación militar en Europa. Si bien los liberales habían sido corteses conmigo y con mi tía, sabíamos que nos consideraban simples mujeres, y en consecuencia, irrelevantes. La mayoría de ellos nos ignoró, lo que me resultó sumamente conveniente. Su conducta, y las ramificaciones políticas consecuentes, serían discutidas interminablemente durante la siguiente semana, y podría escuchar hablar sobre el tema durante horas. No había necesidad de enfrascarse en él ahora.

La semana siguiente voló con los preparativos para la fiesta de Louisa. La seguí todo el tiempo: admirada como siempre por sus habilidades innatas para dirigir las tareas del hogar con la facilidad de un comandante, observé y aprendí. Serena en todo momento, sin agitarse, Louisa impartía órdenes a su plantel de sirvientes y me daba instrucciones, y todos cumplíamos sus demandas con presteza. A primera hora de la tarde del día de la fiesta, todo estaba listo. Louisa estaba descansando y yo permanecía en mi alcoba en compañía de mi sirvienta intentando decidir qué vestido debía ponerme. Louisa había sugerido con insistencia que fuese el vestido rosado, y finalmente fue el que usé, acompañado de unas sencillas joyas que habían pertenecido a mi madre y adornado con una rosa blanca del jardín de Louisa prendida en la faja. Becca había partido con Lawrence hacia Bath junto con los Pearson y sus padres. En cuanto a Janice y Meg, ya habían dejado Londres y Robert no había regresado aún de Francia. Me esperaba una noche muy solitaria.

Lo vi en cuanto apareció en el umbral del salón de baile. Estaba esperando ser anunciado, pero yo supe de inmediato quién era. No sabía su nombre, pero sin duda se trataba del hombre del cual me había hablado Becca. No sólo coincidía con la descripción que me había dado sino que era tan increíble como había remarcado mi amiga. Llevaba puesta la vestimenta tradicional escocesa de las Tierras Altas mientras el

resto vestía a la última moda londinense. Más alto que la mayoría de los hombres presentes, sencillamente acicalado, no llevaba peluca, sino el cabello rubio sujeto en la nuca. Vestía una camisa muy blanca bajo la chaqueta verde y una kilt¹ escocesa cuya tela terminaba en pliegues sobre el hombro, sujetos por un elegante broche. Era esbelto y grácil, ancho de hombros y piernas largas y musculosas moldeadas por medias negras, según dejaba apreciar la kilt. De pronto, el resto de los hombres parecían estar exageradamente ataviados.

Mi interés aumentó cuando fue anunciado como el conde de Kilgannon y descendió las escaleras. Observé a mi tía acercársele con una sonrisa de bienvenida, y admiré su gracia. Louisa —la condesa Randolph, casada con el conde Randolph— estaba acostumbrada a recibir a la nobleza, ya que ella frecuentaba los círculos de más alta alcurnia. Junto a ella, como siempre, estaba la duquesa, quien recibió cálidamente al recién llegado. Detrás de mí, pude escuchar a dos hombres murmurar con desagrado sobre la presencia del «maldito escocés». Reconocí las voces y me di la vuelta para confirmar mis sospechas: eran los liberales que me habían ignorado en la fiesta de la duquesa. Giré nuevamente para mirar al escocés.

—No sólo un escocés, es oriundo de las Tierras Altas —gruñó uno de los liberales—. Probablemente apuñale a alguien antes de que termine la noche. Son cerdos. Bárbaros. ¿Cómo se le ocurrió a la condesa invitarlo? Qué terrible desconsideración por su parte.

Su amigo rió.

—Creo que están emparentados. Recuerda que ella estuvo casada con un escocés. Dice que la hace reír.

—También mi perro, pero no por eso lo invito a cenar.

Siguieron hablando pero ya apenas los escuchaba, concentrada en el hombre rubio que se inclinaba sobre la mano de mi tía; le dijo algo que la hizo reír y ella le atizó suavemen-

1- Kilt: falda usada por los hombres de las Tierras Altas de Escocia. Confeccionada con 7 u 8 metros de lana suave estrechamente tejida, con un diseño tartán (a cuadros), está plegada al dorso y los paneles frontales no tienen pliegues. Los kilts tradicionales se visten con un saquillo, llamado *sporrán*.

KATHLEEN GIVENS

te en el brazo con el abanico. ¿Por qué Louisa no lo habría mencionado antes? Claro, era el hombre más interesante que había visto en Londres. Bueno, al menos el más apuesto. Lo perdí de vista cuando la gente se interpuso entre nosotros, pero después pude verlo nuevamente, de pie, solo y escudriñando el salón como si buscara a alguien. Nuestras miradas se encontraron y él sonrió. Sin pensar, le devolví la sonrisa. Él se encaminó hacia mí, pero lady Wilmington lo detuvo, inclinando la cabeza y posando una mano regordeta sobre su brazo. Él miró la mano, después a mí, y le sonrió. Cuando Will y Betty me dejaron para ir a bailar, busqué al extraño con la mirada. Y lo encontré de pie frente a mí.

Mis ojos, a la altura de su hombro, se detuvieron en los botones de plata y en el cuello de encaje antes de que los elevara hasta los suyos, consciente de todas las miradas curiosas clavadas en nosotros. En vano traté de controlar el rubor que se extendió por mis mejillas, preguntándome si tendría el mismo tono de mi vestido. Su cabello era rubio dorado, grueso y brillante. Tenía pómulos y mentón prominentes, nariz recta y boca de labios bien marcados. Sus ojos eran del azul del cielo estival, enmarcados por oscuras pestañas, y su expresión era agradable al hablar.

—¿Señorita Lowell? Soy Alexander MacGannon, de Kilgannon. Su tía sugirió que me presentara.

Su acento era marcado y su tono suave no parecía el de un ser desquiciado. Se inclinó sobre la mano que le ofrecí; al erguirse nuevamente, un rizo se escapó de la banda que le sujetaba el cabello y le enmarcó el rostro, y tuve la ridícula necesidad de retirárselo de la mejilla. Me aparté de su lado con mayor brusquedad de la querida. Se alisó el cabello hacia atrás mientras me miraba intensamente, y el brillo de sus ojos evidenció que había percibido mi estremecimiento.

—Es costumbre, Kilgannon, que la presentación sea hecha por una tercera persona —dijo la duquesa al aparecer a su lado. Las palabras de la menuda y rolliza mujer fueron suavizadas por una mirada de afecto.

—Pero esa forma es menos directa de lo que prefería, Su Gracia —contestó inclinándose hacia ella—. Aunque me rindo ante vuestros deseos, en todos los aspectos.

—¿En todos los aspectos, señor, o sólo en aquellos que son de vuestro interés?

Estaba asombrada. ¿La duquesa estaba flirteando con el escocés? Lo estudié mientras bromeaban, aparentando no prestar atención a cada detalle mientras esperaba que terminasen.

—Mi querida Mary, quisiera presentarte a Alexander MacGannon, el décimo conde de Kilgannon. Kilgannon, la señorita Mary Lowell. Mary, hace dos años en Francia el duque conoció al conde. Mi esposo me dijo que era encantador y letal —le posó una pequeña mano en el brazo y sonrió—. Una combinación sumamente interesante.

El conde rió.

—Así es, madame. Los escoceses siempre somos encantadores y letales. Cuando no actuamos como salvajes.

—Oh, Kilgannon —murmuró—, lleva a Mary a dar un paseo —me sonrió—. No está casado, querida.

Sentí cómo me ardían las mejillas nuevamente mientras ella se alejaba caminando como un pato; sin embargo, antes de que ninguno de los dos pudiese decir palabra, uno de los liberales apareció a mi lado mirando agresivamente a lord Kilgannon.

—Kirkgannon, ¿no es así? ¿Qué piensa usted de la Unión? —dijo abruptamente.

—Kilgannon, señor —se inclinó con altivez y lo corrigió fríamente—. Pienso que ahora es cuestión de la ley. Lo ha sido por varios años, creo.

—Y dígame. ¿Ustedes, los escoceses, obedecerán la ley esta vez?

—Como siempre, señor. Si nos disculpa ahora, la señorita Lowell ha expresado su deseo de respirar aire fresco.

No emití protesta cuando Kilgannon me cogió la mano y la colocó sobre su brazo. Me guió en silencio para cruzar el salón y salir al porche, ignorando todas las miradas que con-

KATHLEEN GIVENS

vergían en nosotros. Fuera, me liberó la mano con un suspiro y se recostó contra el muro de piedra. La noche era agradable, la luna llena brillaba en el cielo, y una suave brisa le alborotó el cabello y me trajo un perfume a rosas mientras lo observaba a la luz de las lámparas de la puerta. Miró hacia la oscuridad antes de darse la vuelta para observarme.

—Lo siento, pequeña. No era mi intención arrastrarla hasta aquí. Temí no poder controlarme y decir algo imperdonable por lo que su tía me prohibiera la entrada a su casa. Y... —se dio la vuelta y miró hacia los jardines, con las mejillas encendidas—. Lamento si fui demasiado directo. Pensé que era la manera más sencilla de conocerla —observé su perfil e intenté encontrar una respuesta. Mi silencio provocó su rápida mirada—. ¿Está usted disgustada? ¿Debo retirarme?

Lo miré durante un largo rato antes de contestar, después sonreí. No era disgusto lo que sentía.

—¿Debo estar disgustada porque usted deseara conocerme, señor? —le pregunté—. ¿O debo estar enojada porque se negó a involucrarse en una discusión con un hombre tan grosero? ¿O debo estar disgustada porque usted coqueteó descaradamente con mi tía y con la duquesa? ¿O debo estar enojada con el escocés que concurre a una fiesta como ésta cuando todos saben que probablemente incendie Londres en cualquier momento?

Se dio la vuelta para mirarme, sorprendido al principio, y al ver mi expresión, comenzó a reír entre dientes.

—Es usted única. Bien, ¿cuál es la razón de su enojo? —Una sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios.

—Estoy intentando decidirme. Mmm... No estoy enojada porque usted quisiera conocerme.

—¿Y?

—No estoy enojada porque intentara evitar una discusión sobre política. Y no estoy enojada porque usted haya concurrido a la fiesta, presumiendo de haber sido invitado, por supuesto.

—Así fue. ¿Y?

—Y sí estoy indignada porque usted flirteó con mi tía Louisa y con la duquesa.

Rió con ganas y se dio la vuelta hacia el jardín nuevamente.

—Su tía me dijo que usted no sólo era hermosa sino también inteligente.

—Mi tía siempre dice lo mismo, señor —le dije—. En realidad no soy ninguna de esas cosas.

—No estoy de acuerdo, señorita Lowell. Ella no dijo ni la mitad de la verdad —me echó una rápida mirada nuevamente, con expresión más suave—. Gracias por ser amable con un extraño.

—Lord, es fácil ser amable con usted.

—No me diga lord. Sólo Alex.

—Tampoco conde de... —no pude recordarlo.

—Kilgannon. No, simplemente Alex. Alex MacGannon. ¿Podrá recordarlo?

—Alex —dije mirándole a los ojos.

—¡Aquí están! Nos preguntábamos dónde estarían —nos dimos la vuelta para mirar a la duquesa, que estaba de pie en el umbral junto a Will y Betty. Ella hizo las presentaciones de rigor y me dirigió una sonrisa—. El conde te vio durante la fiesta que di la semana pasada, Mary —dijo—, y expresó su deseo de conocerte, pero no pude presentarlos porque se retiró antes de que pudiese satisfacer su petición. Por eso estoy encantada de que haya venido esta noche.

Noté que Kilgannon me miraba mientras Will lo estudiaba a él.

—Ya veo —dije—, el conde fue más directo.

La duquesa rió.

—Y exitoso, según parece.

Will levantó las cejas y yo atiné a hacer un comentario trivial sobre el clima anticipando su actitud protectora. Hablamos durante un rato: Will y Kilgannon con cortesía, mien-

KATHLEEN GIVENS

tras que Betty se mantuvo más atrás con mohín apenado. La duquesa los interrumpió cuando la conversación derivó en cuestiones políticas.

—No, esta noche no, caballeros —dijo con un ademán—. Entremos, el baile está a punto de comenzar —inició la marcha y la seguimos.

Ya en el salón de baile, Betty, que se encontraba junto a Kilgannon, le preguntó con su voz remilgada:

—¿Baila usted, señor?

Él asintió.

—Sí, señora, pero no el minué.

—Oh —dijo e inmediatamente Will la arrastró hacia la pista de baile.

Permanecí junto a Kilgannon observando cómo bailaban, muy consciente de su presencia a mi lado, intentando decir algo que no sonase como una estupidez, cuando Jonathan Wumple, a quien conocía desde siempre, se acercó para invitarme a bailar. A diferencia de otras ocasiones, esta vez se dirigió a Kilgannon. El escocés me miró.

—Es decisión de la dama, señor. Pero le aconsejo que no flirtee con ella ya que desprecia el flirteo —dijo con expresión impasible y rió al ver mi expresión detrás de la espalda de Jonathan.

Mientras bailaba con Jonathan observé a Kilgannon, que permanecía de pie en un rincón del salón. En poco tiempo, las mujeres lo rodearon; si bien reía y se inclinaba al hablarles, resistió todos sus intentos de hacerlo bailar.

Ni siquiera se movió de su lugar cuando una hermosa pelirroja embutida en un atrevido vestido se le acercó. Lady Rowena de Burghesse, esposa del marqués de Badwell, lo miró con sonrisa invitadora, y yo sentí cómo mi rostro se sonrojaba. Cómo detestaba a Rowena: aunque nunca me había agradado, en ese momento me gustaba menos aún. Me pregunté qué le estaría diciendo, ya que su expresión se tornó distante y sus ojos brillaron al mirarme.

Al finalizar el baile, estábamos al otro lado del salón, y conversé con Jonathan y su hermana Priscilla durante un rato.

—Kilgannon es muy apuesto. ¿Dónde lo conoció tu tía? —susurró Priscilla cubriéndose con el abanico.

—En la fiesta de la duquesa, supongo —le contesté e intenté encontrarlo, pero se había ido.

Sorprendida por la intensa desilusión que me invadió, lo busqué infructuosamente con la mirada por todo el salón mientras ella suspiraba.

—Dicen que tiene un hermoso castillo junto a un lago. Y dos niños pequeños. Su esposa murió cuando el segundo de ellos todavía era un bebé. Quizás esté buscando una nueva esposa.

—Si es cierto, seguramente encontrará una —dije buscándolo con la mirada—: es innegable que atrae a las mujeres.

—Yo no me negaría —dijo ella con ojos soñadores—. Por supuesto, tú ya has elegido a lord Robert Campbell.

Negué con la cabeza.

—No existe ningún acuerdo entre nosotros.

Ella sonrió abiertamente.

—Había escuchado lo contrario.

—Señorita Wumple —dije vivamente—, tendría conocimiento de un compromiso que me concierne. No hay ninguno —Priscilla sonrió suspicazmente y su maquillaje se le resquebrajó en la comisura de los labios.

«Tengo que salir de aquí», pensé y me excusé rápidamente.

Mientras dejaba el salón de baile me detuve para saludar a varios hombres que conocía en medio de esa multitud brillantemente vestida, pero no pude divisar a ningún escocés.

En el pasillo respiré profundamente y al darme la vuelta, pude ver a Louisa que regresaba del comedor. Me sonrió mientras se acercaba.

—Tú debes haber dicho algo, Louisa —dije. Molesta, percibí la similitud de mi tono con el de la hermana de Jonathan.

KATHLEEN GIVENS

—¿Sobre qué?

—Sobre el conde de Kilgannon.

Arqueó las cejas.

—Creo que lo hice. Por Dios, chiquilla, parece que hubieses visto una visión.

—Así fue.

Mi tía entrecerró los ojos.

—Él es un hombre, Mary, no una visión. Ten cuidado con tus expresiones la próxima vez, querida —sonrió para suavizar sus palabras—. Aunque aparentemente es mutuo: él también parece bastante impresionado. Le ha preguntado a todo Londres sobre ti.

—¿Qué le dijiste?

—Que eras no sólo hermosa sino también brillante, que merecías un esposo que te valorara, pero que Escocia está demasiado lejos y es demasiado peligrosa para mi sobrina, quien está acostumbrada a la compañía de lord Campbell —me miró a los ojos—. Creo que la presencia de Alex esta noche y su interés por ti pueden arrojar a Robert a tus pies. Es hora de que se te declare. Lástima que no haya regresado aún de Francia.

—Ya veo —dije ásperamente—. Qué encantador de vuestra parte que hayáis hablado de mí con tanto detalle. Me siento como una yegua premiada.

Rió.

—Por Dios, Mary, bríndale la oportunidad de hablar-te, aunque sea porque es mi primo... primo político al menos. Pensé que te agradaría, y que serviría para que Robert se diese cuenta de que no es el único hombre en el mundo que se fija en ti. Querida, conozco a Alex desde que era un niño. Su madre era una Keith al igual que tu tío Duncan, ¿recuerdas? ¿Te has olvidado de que estuve casada con un escocés durante doce años? Me encontré con Alex en varias ocasiones cuando él era joven.

—Deberías haberme hablado sobre él —parecía una niña de diez años.

Me palmeó el brazo.

—Estoy sorprendida al ver el hombre en que se ha convertido. Hará que varias mujeres de Londres vuelvan la cabeza al verlo pasar... la tuya no es la primera y ciertamente, no será la última. Robert regresará en poco tiempo. Es una simple cena, sólo te pido que seas amable con él. Probablemente nunca lo vuelvas a ver —dicho esto, se dirigió lentamente al salón de baile dejándome sola.